

CAPÍTULO XXVII

Asaltan los mejicanos los tres campamentos españoles, pero son rechazados. — Trata de ganar Alvarado la plaza de Tlatelolco, pero se retira á sus cuarteles con sensibles pérdidas. — Son sacrificados á Huitzilopochtli, cuatro prisioneros españoles. — Actividad de Guatemotzin. — Se continúan los ataques sobre la ciudad. — Se resuelve en junta de oficiales asaltar el mercado de Tlatelolco.

1521. Dueño Cortés de las calzadas principales de Méjico, dominando el lago con sus bergantines, y viéndose al frente de un ejército numeroso, hizo varias entradas por la ciudad, venciendo numerosos escuadrones y destruyendo los edificios y trincheras de donde se defendian los sitiados. Sus armas victoriosas esparcian la desolacion y la muerte en los puntos en que encontraban resistencia. Los aliados, sedientos de botin y de víctimas,

se lanzaban á las habitaciones, y despues de apoderarse de lo que en ellas habia, las entregaban á las llamas, lanzando horrendos alaridos de triunfo.

Por espacio de tres dias consecutivos se repitieron esas destructoras entradas á la capital, acompañando la victoria á los sitiadores.

El propósito de Hernan Cortés era inclinar el ánimo de los mejicanos á pedir la paz, al ver que no les era dable resistir á las fuerzas que les sitiaban. Con la idea de ver realizado su ardiente deseo, resolvió continuar su sistema, no dudando que las incesantes hostilidades decidirian al fin á los aztecas á solicitar un convenio.

Acariciando la esperanza de alcanzar el objeto que se habia propuesto, dispuso atacar al siguiente dia la ciudad por varias partes. Ordenó á las poblaciones amigas, situadas en las márgenes de la laguna, que se presentasen con el mayor número de canoas y guerreros que les fuese dable, y encargó á sus soldados que tuviesen listas y limpias sus armas. Llegado el momento, formó de los seis buques pertenecientes á su campamento, dos escuadrillas que llevaban de auxiliares mil quinientas canoas cada una. La mision de ellas era acercarse á la ciudad para hacer todo el daño posible á los mejicanos y pegar fuego á sus casas. Dió orden á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval para que obrasen de igual manera por sus correspondientes puntos; y él, poniéndose al frente de los españoles y de ochenta mil aliados, avanzó por la calzada de Iztapalapan, sin encontrar obstáculo ninguno en su marcha. Derribados desde un principio los edificios que orillaban de uno y otro lado la calle del mismo nombre,

el general castellano continuó su avance hasta la plaza próxima á sus antiguos cuarteles, sin que estuviese abierto ninguno de los puentes cegados en los dias anteriores. Deseando ponerse en comunicacion con las fuerzas de Alvarado, se dirigió á la calle de Tacuba, donde los mejicanos se propusieron resistirle. Despues de un reñido combate, en que incendió algunas casas, logró apoderarse de tres puentes que mandó cegar inmediatamente. No fueron menos notables las ventajas que los demás capitanes alcanzaron por el rumbo que atacaron. Pedro de Alvarado especialmente habia conseguido desalojar á sus contrarios de varios puntos fortificados, y apoderarse de un templo situado en una plazuela de la calzada de Tacuba. Cegados los fosos ganados, se continuó el avance, sufriendo los mejicanos considerables pérdidas. Llegada la hora de volver al campamento, las tropas emprendieron su marcha de retroceso, molestadas en ella, como de costumbre, por los escuadrones mejicanos. Pedro de Alvarado, viendo que era defendible el templo de que se habia apoderado, colocó en él una guarnicion que, á pesar de los continuos asaltos que le daban los mejicanos, logró conservar, obligando á retirarse á los contrarios.

Graves fueron los daños y grandes las pérdidas que los sitiados sufrieron en ese dia y el siguiente. No dudó Hernan Cortés que, en vista de los estragos causados y de las derrotas sufridas, Guatemotzin se resolviese á enviarle proposiciones de paz. Muy lejos estaba del espíritu levantado del emperador azteca el proponer arreglo ninguno pacífico. Digno jefe de una nacion valiente y guerrera, que apreciaba en menos su vida que su libertad, los reve-

ses, lejos de abatir su espíritu, redoblaban su esfuerzo. Vencer ó morir era la resolución tomada por el pueblo y el monarca, y nada había que fuese capaz de hacer cambiar esa heroica determinación.

Animado del noble sentimiento de amor á la patria y queriendo arrancar á la fortuna el laurel de la victoria que hasta entonces le negaba, dispuso lanzarse con todo su poder sobre los tres campamentos enemigos para destruirlos y aniquilarlos. Eligió para dar el golpe la víspera de San Juan Bautista, aniversario del día en que los españoles hicieron su segunda entrada en la capital en auxilio de Pedro de Alvarado (1). Puestos los más distinguidos capitanes aztecas al frente de sus guerreros, se acercaron, en la oscuridad de la noche, al campamento contrario que á cada uno se le había señalado, y cayeron de improviso y simultáneamente sobre los españoles. El ataque fué terrible, y muchos castellanos quedaron heridos en la furiosa acometida; pero después de un reñido combate, los mejicanos se vieron precisados á retirarse con numerosas pérdidas.

Las tropas sitiadoras seguían diariamente su obra de destrucción sobre la plaza.

Pedro de Alvarado, ambicioso de gloria, y anhelando ser el primero en penetrar en la gran plaza de Tlatelolco, en que se hallaba situado el real azteca, emprendió sus

(1) «Y es que como otro día era fiesta de San Juan de Junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en Méjico, cuando el socorro del capitán Pedro de Alvarado, y nos desbarataron... parece ser que tenía cuenta dello el Guatemuz.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

ataques con extraordinario ímpetu sobre los puntos defendidos por los mejicanos. A pesar de la vigorosa resistencia que le oponían sus contrarios, ganó varios fosos y trincheras, contándose entre los primeros uno cuya anchura excedía de cuarenta pies y de más de siete de profundidad. Engolosinado con el placer de la victoria, descuidó cegar las cortaduras ganadas, olvidando las instrucciones recibidas de Cortés, que prevenían que no se avanzase hasta no dejar nivelado el foso ganado. Advirtiendo los mejicanos el descuido del capitán español, y viendo que habían pasado cosa de cincuenta españoles y algunos aliados, cayeron sobre ellos con furia espantosa. Entre los soldados que habían pasado, se encontraba Bernal Díaz del Castillo. Acometidos por todas partes y no pudiendo ser socorridos de sus compañeros, que también luchaban con fuerzas considerables que se presentaron por los flancos, retrocedieron, haciendo esfuerzos para contener á sus contrarios, y al llegar á la ancha zanja se arrojaron al agua para pasar nadando. Pero allí también fueron acometidos por muchos guerreros que acudieron en sus canoas á la abertura. Muchos tlaxcaltecas perecieron ahogados y cuatro españoles fueron hechos prisioneros. Bernal Díaz del Castillo, al llegar cerca de la orilla, en donde el agua le daba al pecho, se vió agarrado por varios guerreros aztecas que saltaron de una canoa para llevarle prisionero. El bravo veterano, conociendo el sangriento fin que le esperaba, «puso, dice el mismo, su pensamiento en Dios y en su bendita Madre», y luchando con esa fuerza prodigiosa que el valiente saca en los peligros extraordinarios, logró desprenderse con su espada de los enemigos que le tenían

asido, y salir á tierra, aunque herido de un brazo. Cuando salió del agua y se halló entre sus compañeros, cayó al suelo, falto de respiracion y de sentido, efecto del sobrehumano esfuerzo que habia hecho para desprenderse de las manos de sus enemigos (1).

La calzada se llenó inmediatamente de guerreros aztecas; y los españoles, acosados por los flancos, la retaguardia y el frente, retrocedieron al campamento, llegando heridos la mayor parte, y contando entre los muertos un jinete de los últimos que habian llegado de España, cuyo caballo pereció tambien en la lucha. Pocos momentos despues de haberse retirado, se escuchó el espantoso tañido del monstruoso tambor que dominaba el gran templo de Tlatelolco, donde se hallaba la colosal estatua del sangriento númen de la guerra Huitzilopochtli. Alvarado y sus soldados dirigieron la vista hácia las torres del piramidal *teocalli*, y sus ojos se encontraron con los cuatro desgraciados compañeros que habian caido en poder del enemigo y que iban á ser sacrificados en aquel instante. Profunda pena inundó el corazon de todos los españoles, y la tristeza se apoderó de ellos al ver consumado el sacrificio.

Cuando llegó al campamento de Cortés la noticia del

(1) «De mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y Nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas estocadas que les di me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido sin me poder sostener en mis piés y sin huelgo ninguno; y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

descalabro sufrido en el de Alvarado, se llenó de indignacion el general castellano. Aquella derrota sufrida por no haber cumplido con las órdenes que tenia dadas de no avanzar sin cegar antes el foso ganado, debia alentar á los mejicanos, haciendo mas difícil un arreglo de paz. Disgustado altamente, pasó inmediatamente al real de Alvarado, con objeto de reprenderle severamente por su desobediencia y temeridad; pero asombrado de los muchos puntos que tenia ganados y sabedor del heróico esfuerzo con que habia combatido, se limitó á hacerle una suave amonestacion, recomendándole que no se apartase de las instrucciones que tenia recibidas.

Los mejicanos, enorgullecidos con el triunfo alcanzado, continuaron asaltando todo el dia los puntos avanzados de Alvarado; pero rechazados constantemente, desistieron de su empeño al llegar la noche.

Entre tanto, el joven emperador Guatemotzin, conociendo que el punto objetivo de los sitiadores era el mercado y gran templo de Tlatelolco, se ocupaba en hacer levantar formidables trincheras y abrir anchos fosos que hiciesen inexpugnable la posicion. Con el fin de que sus tropas entrasen en el combate con pujanza y brío, procuraba aliviar la fatiga de los guerreros, relevando con frecuencia los escuadrones. Los españoles conocian esa acertada disposicion del jefe contrario, en las diferentes divisas y uniformes de los capitanes aztecas que se presentaban á todas horas en el combate, sin dejar descansar un solo instante á los sitiadores.

Hernan Cortés, para compensar el revés sufrido por Alvarado, penetró varias veces en la ciudad por la calle